



[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

*Fortunato*

© Del texto: 1994, Luis Darío Bernal Pinilla

© De las ilustraciones: 1994, Jaime Cortés

© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono (571) 7057777

Bogotá – Colombia

[www.loqueleo.com/co](http://www.loqueleo.com/co)

• Ediciones Santillana S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires

• Editorial Santillana, S.A. de C.V.

Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,

Delegación Benito Juárez, CP 03240,

Distrito Federal, México.

• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.

Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-9002-50-6

Impreso en Colombia

Impreso por Quad Graphics Colombia S.A.

Primera edición: octubre de 1995

Primera edición en Loqueleo Colombia: mayo de 2016

Quinta reimpresión en Loqueleo Colombia: diciembre de 2019

Dirección de Arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

# Fortunato

Luis Darío Bernal Pinilla



loqueleg



*A Mery y Luis Alfonso, mis padres  
Emiliana y Fortunato, mis abuelos  
Ligia y Humberto, mis tíos  
Catalinito, mi hijo  
María Cresencia Cañizares de Carreño,  
quien como el protagonista,  
nació en la vereda del Palchacual*



# La laguna azul del Palchacual

## Primera etapa

9

“... Y la Reina, convencida de la bondad de las ideas del navegante genovés, le demostró su infinita generosidad: se desprendió de sus oros y aderezos y se los entregó a Don Cristóbal. Con el producto de ellos y la valentía de este hombre maravilloso se realizó, hoy hace quinientos años, en el amanecer del 12 de octubre de 1492, la gran epopeya del Descubrimiento de América...”, concluyó la señorita Ligia, de pie, con los ojos húmedos, la mirada en el horizonte y la voz emocionada del orador que se dirige ante muchedumbres enardecidas. Frente a ella, entre ruanas de lana virgen y viejos sombreros de pelo, catorce niños la escuchaban sin mayor entusiasmo.

Tiritando por el viento helado que bajaba del Nevado del Cocuy y se filtraba a través de las

rendijas de la puerta de la escuela, los alumnos mantenían los ojos entrecerrados. Menos Chelelo. El niño, famoso por coleccionar todo tipo de animales de monte, andaba a gatas por entre las piernas de sus adormilados compañeros. Intentaba atrapar, antes de que la profesora Ligia se diera cuenta, un monumental sapo negro que se había escapado de su mochila, lanzando sobre el piso de barro parduscos chorritos de un líquido espeso.

—¿Qué hace por el suelo, Chelelo? —gritó la profesora Ligia cuando descendió de su éxtasis histórico. Aún no había notado la presencia del batracio.

Menos inquieto por la pregunta que por agarrar al animalejo que se camuflaba en el bosque de patas sucias de los pupitres, Chelelo no supo qué contestar. Pero Fortunato, su amigo, salió en su ayuda cautivando la atención de la maestra.

A pesar de su estatura; de su cuerpo macizo forjado por el duro trabajo que realizaba todas las madrugadas; y de su rostro curtido por la brisa del páramo, Fortunato era todavía un niño. Tenía apenas un par de años más que sus compañeros.



Enamorado de las aventuras y de los viajes, a menudo prometía a sus amigos que un día saldría de la vereda del Palchacual a recorrer el mundo. Todos se reían de sus fantasías. Pero muchos, para sus adentros, pensaban que lo lograría.

Preocupado por Chelelo, Fortunato aprovechó para indagar algo que lo tenía pensativo:

—Profesora Ligia, ¿puedo hacerle tres preguntas? —alzó la voz mirando al amigo que acurrucado perseguía con desesperación al sapo, brincando a ratos igual que el animal.

11

—¡Claro, muchacho!, pregúnteme todo lo que quiera. Para eso estoy aquí —contestó complacida de que alguien se interesara tanto en sus lecciones. Siempre había gustado de Fortunato, quien además de soñador era responsable y estudioso.

—¿Qué es un aderezo? —habló sin despegar los ojos de Chelelo.

—Una pelota de caca y queso —contestó un niño por debajo de la ruana, escondiendo la cara mientras el resto de la clase se carcajeaba a dos manos.

Ignorante de quién había sido el gracioso, la profesora Ligia decidió fulminar a todo el grupo

con una mirada de reprobación que lanzó por encima de sus gruesos lentes. Luego se dirigió a Fortunato: —Es un juego de collares, pulseras y zarcillos de piedras preciosas que usan las grandes damas.

—¿Y quién descubrió a España? —soltó Fortunato la segunda inquietud de inmediato, rapándole la palabra cuando escuchó croar al sapo y lo vio posarse sobre la tarima en donde se encontraba el escritorio de la señorita Ligia.

La curiosidad del joven le quitó el aire. La profesora se sentó para respirar mejor. En veinte años de maestra por todas las veredas del municipio, jamás un alumno la había puesto contra la pared. Solo a Fortunato se le ocurría hacerle semejante examen que la dejaba con la mente en blanco. ¿Quién diablos podría responder eso?, pensaba, mientras una gota de sudor le rodaba por la espalda.

Por suerte, como a los boxeadores, la salvó la campana: un alarido, que debió escucharse hasta en la cima del nevado, despertó de golpe a los niños que a ratos dormitaban.

El sapo, en un impecable salto de campeonato, había aterrizado sobre el libro de historia, encima

de la cara de Cristóbal Colón y a escasos centímetros de los ojos de la profesora Ligia. El animalejo la miró fijamente, acezando ruidoso, como preparándose para lo peor.

Sin otro recurso a su alcance y presa del pánico, la mujer arrancó a correr. Gritando, la maestra atravesó la puerta de la escuela dejando en la huida un zapato. Fuera de control se disparó barranco abajo, saltando por entre piedras y frailejones. El batracio, de seguro extrañado, desapareció en medio del barullo de los niños que no dejaban de reír.

13

Luego de un rato, al borde de la laguna y respirando ya con tranquilidad, la profesora Ligia se excusó por su ataque de histeria ante el reducido grupo que la acompañaba. Después contó, como acostumbraba a hacerlo con frecuencia en la clase de español, una anécdota de su vida: la del sapo blanco con rayas negras que, siendo ella niña, se coló por entre sus cobijas mientras dormía.

Al terminar el relato y con la cara sonriente, se dirigió a Fortunato: —Dígale a Chelelo que no se preocupe. No lo voy a castigar. Que lo espero el lunes en la escuela. Y a ustedes también —miró al resto de muchachos—. Por hoy no habrá más clases.

—¡Hurra! —gritaron los niños, mientras lanzaban sus sombreros al aire. Luego partieron, cruzando bulliciosos un vasto cultivo de cebada que rodeaba la laguna azul del Palchacual y se extendía montaña arriba como mullido colchón de oro, perdiéndose en la punta del Cerro de los Frailejones.

14 Las voces de los pequeños se fueron acallando poco a poco en el horizonte. El paraje recobró entonces su acostumbrado silencio. El sol, rompiendo la bruma que posaba sobre las aguas como un témpano de vapor, penetraba con intensidad en la laguna donde decenas de truchas arcoíris serpenteaban nerviosas.

## Igual que Colón... pero al contrario

### Segunda etapa

15

Esa noche Fortunato se fue a la cama muy cansado. Había caminado toda la tarde por el páramo. Casi hasta los límites con el nevado. Cuando cayó el sol se internó en la Cueva de los Cocuyos, la extensa garganta de piedra que rompía de un extremo a otro la montaña, iluminada a toda hora por miles de animalitos-linternas.

¿Dónde se habrá metido Chelelo? Se seguía preguntando Fortunato una y otra vez. Preocupado, se imaginaba a su amigo escondido en algún sitio y lleno de miedo por el incidente entre el sapo y la profesora Ligia.

Luego de un rato estiró las piernas y dejó caer al piso una de sus mantas de lana. Al cabo terminó riéndose al recordar los desorbitados ojos de la maestra. Ahh, ya aparecerá mañana, se dijo. Y de

seguro con la mochila repleta de pequeños alacranes rojos o jugueteando con alguna ardilla saltarina, atrapada tras horas de implacable persecución por el monte, se convenció.

16 Pero el sueño no lo agarraba. En cambio, acudió vivamente a su memoria el episodio de aquel día que Chelelo resolvió llevar a clase, entre un costal, una perra preñada. Y se puso a recordarlo:

“Chelelo había salido muy de madrugada con Pervertida —comprometedor apodo que le inventó el padre Goyeneche por sus múltiples amoríos ilegales— recorriendo con ella los kilómetros que lo separaban de la escuela. Luego de atravesar yerbas quebradas y tupidos campos de papa, arribó al aula antes que la profesora Ligia.

De inmediato escondió a la perra debajo de un pupitre roto en el extremo más oscuro del salón de clase. La acostó en el fondo del costal sobre una manta vieja de su abuela. Luego la tapó con unos trapos y una deshilachada bandera nacional que encontró a la mano. La que izaba la profesora Ligia en las fiestas patrias.

Hacía más frío que de costumbre. Comenzaba agosto y las ventiscas del nevado soplaban

con fuerza, metiéndose por todas las casas de la zona. Hasta el rincón más escondido penetraban los silbidos agudos del viento de la cordillera del Cocuy. Pervertida, agotada por el viaje a lomo de mula a través del páramo, se había quedado dormida.

Aún no llegábamos a clases. Chelelo quería darle una sorpresa a la profesora y sacar una buena nota en biología.

17

Para el resto de materias —reflexionó Fortunato cubriéndose los ojos con las cobijas— Chelelo era un desatento. Por el lío con el sapo ni siquiera se había enterado de quién era Cristóbal Colón, ese señor que la profesora Ligia nombraba entusiasmada mientras Chelelo andaba de narices, detrás del animal.

Luego de abrigar a la perra con todo lo que pudo —continuó recordando Fortunato— Chelelo corrió al patio. Al oír el chirrido de la puerta de la habitación de la profesora, se escondió detrás de unas matas de mirto. Cuando la señorita entró al aula, Chelelo abandonó el matorral. De inmediato, detrás de ella, entró al salón, temeroso de que la maestra se pasease por entre los pupitres y

descubriera a Pervertida que seguía profunda dentro del costal.

18 —¿Y eso, Chelelo, durmió usted en su pupitre?  
—se sorprendió al verlo. Jamás había asistido tan temprano a clases. Por el contrario, vivía tan lejos, en los límites con la vereda del Carrizalito, cerca de la falda occidental del nevado, que casi siempre llegaba de último. Otras veces, cuando las tormentas de nieve se lanzaban en estampida encima de la región, Chelelo prefería dejar tranquila a su mula, dar otra vuelta en la cama y seguir durmiendo.

—No, señorita, es que me tocó madrugar a buscar unas bestias que se perdieron anoche —mintió Chelelo.

Poco a poco comenzamos a entrar a la escuela. Ya avanzada la hora, cuando todos copiábamos del tablero el dibujo del cuerpo femenino que la profesora había elaborado para explicarnos el aparato reproductor, Chelelo destapó con cuidado, sin que nos diéramos cuenta, el paquete que tenía escondido al fondo del cuarto.

Tremendos ojos abrió Chelelo cuando vio a la perra echada de lado, con las patas traseras levantadas y extendidas de par en par.



—Fortunato... Fortunato... —me llamó en voz baja. Yo dibujaba atento la mujer desnuda que la profesora había pintado en el pizarrón.

—¿Qué quiere, Chelelo...? ¿Y qué hace ahí botado...? —le dije extrañado cuando lo vi tendido en el piso de barro, debajo del pupitre. Encima de Chelelo, mis compañeros de la última fila no podían creer lo que estaba pasando:

19

—Profe!... ¡Profe! —no se aguantó Cesáreo—. Pervertida va a parir aquí.

—¿Que, qué? —gritó la profesora soltando la tiza en el marco del ventanal. Dejó mutilado el cuerpo que pintaba, se quitó las gafas y botó el libro de anatomía sobre el escritorio. Corrió entonces hacia el fondo del salón. Un enjambre de sombreros impedía ver el cuerpo de la perrita.

—¿Y por qué está ahí ese animalito? —preguntó seria a Chelelo, preocupada por Pervertida que ya empezaba a chillar.

—¡Quítense! ¡Quítense! —ordenó con nervios Chelelo sin importarle la presencia de la profesora Ligia—. ¡Así jamás podrá parir! —protestó con rabia quitándose el sombrero y la ruana.

—¿No oyeron? ¡Que se aparten, por Dios! —levantó la voz la profesora, espantándonos, ya que por nada del mundo queríamos separarnos de Pervertida.

20 Luego de un momento, la profesora Ligia empezó a correr los pupitres dejando a Chelelo en la mitad de un redondel que le armó en un instante. Sabía que ninguno se iría y pensó que así podíamos ver todo sin molestar demasiado a la perra. Ni a Chelelo que acurrucado frente a Pervertida ampliaba la boca del costal rasgando con los dientes uno de sus extremos.

—¡Miren! ¡Miren! —gritó asombrado el gordo Epaminondas.

—Shisss... Shisss —pidió casi llorando Chelelo.

Una bolsa brillante, blanda como gelatina, comenzó a salir de entre las patas de Pervertida, de manera lenta. El animal dio un corto alarido. Pujó. Se estiró. Sus manos se movían nerviosas hacia adelante.

El silencio era de cementerio. Treinta ojos mirábamos a la perrita, asustados y curiosos. La pequeña bolsa se desprendió muy despacio del cuerpo de la perra y rodó hasta una esquina del costal.